

XIII

En el taller de una florista, situado en la calle de Hortaleza, había reunidas seis jóvenes alrededor de una mesa redonda, una mañana á eso de las siete.

Todas parecían verdaderas hijas de Flora, según lo risueño de sus fisonomías; y aunque entre ellas las había bonitas, y otras que no lo eran tanto, en todas brillaba esa gracia descuidada peculiar de la juventud.

Ninguna pasaba de veinte años ni tenía menos de quince.

La que dirigía trataba de hacer alarde de gravedad; pero le era imposible sostenerla por largo rato.

Era una joven morena, fresca, con ojos y cabellos negros, que cada mañana iba al taller acompañada de un escribiente de loterías, y cada noche volvía á su casa en compañía de un estudiante de leyes.

Hacía ya mucho tiempo que su corazón vacilaba entre estos dos pretendientes, sin saber á cuál elegir.

Parecía que *un empleado* era cosa muy decente; pero pensaba también en que *un abogado* no era cosa para despreciarse.

En esta vacilación se hallaba hacía ya tres meses, sin saber por cuál de los dos decidirse.

El nombre de esta joven era Anastasia, nombre con el cual estaba muy disgustada porque le parecía muy feo; pero habiendo caído en sus manos la preciosa novela de Mr. Carlos Bernard, cuyo título es *La sortija de plata*, se reconciliaba con él, al ver que el gran novelista lo había puesto á su interesante heroína.

Algo había en la florista Anastasia de aquella Anastasia púdica, noble y desgraciada. Ninguno de sus dos adoradores podía hablar con razón de la ligereza de sus costumbres ni de la bajeza de sus pensamientos; á ninguno había concedido preferencias; mantenía á su madre anciana y enferma, y para proporcionarle algunas comodidades más, cosía en su casa por las noches las labores que le daban de una tienda, dedicándose al taller de la florista durante todo el día.

La madre, viuda de un comerciante que había tenido la desgracia de arruinarse, era mujer acostumbrada al trato del mundo y de gran penetración; se sonreía cuando su hija le pedía parecer acerca de cuál de los dos pretendientes elegiría, y le preguntaba:

—¿Cuál de los dos te gusta más?

—Me gustan los dos, mamá.

—Entonces, hija mía, es que no amas á ninguno de los dos. El amor no calcula ni discute; no gusta á medias de una persona: gusta á ciegas, exclusiva, absolutamente; cuando llegues á amar así, te aconsejaré que te cases.

—¿Casarme? ¡No pienso en eso, madre mía!—dijo Anastasia.—No quiero robarte mis cuidados y mi cariño.

—Para las madres que son un obstáculo á la felicidad de sus hijas, hay asilos, querida Anastasia; y yo, que estoy enferma, tengo mi sitio en el hospital de incurables.

Anastasia se puso á llorar amargamente al oír estas palabras.

—¿Qué he hecho yo para que tengas la crueldad de hablarme de ese modo?—exclamó la joven.—¿Acaso no te amo más que á nadie en el mundo? ¿No adivino tus deseos? ¿Por qué dices que eres un obstáculo para mi felicidad, cuando ésta consiste en verte dichosa? No, madre mía: ningún hombre que no te respete y te ame será mi marido.

El escribiente *visitaba la casa*, según suele decirse, y á la madre le parecía un joven cándido y honrado, pero demasiado tonto para interesar á su hija.

El abogado jamás había querido subir á la buhardilla que Anastasia habitaba.

Pero á pesar de estas dobles penas de amor, Anastasia era feliz, y la risa se dibujaba constan-

temente en su hermosa boca, esperando siempre el instante de decidirse.

Las demás jóvenes del taller eran más vulgares que ella, y, por lo mismo, más habladoras y más ruidosas que ella también: la primera condición de la grosería es dejarse oír mucho.

Una de ellas era hija de un zapatero bien acomodado, y estaba cantando todo el día, á excepción de los cortos instantes en que la maestra daba vueltas al taller.

Otra la echaba de sentimental y lánguida, y las demás hablaban mucho de sus aventuras y conquistas de Capellanes.

En la mañana de que vamos hablando, todas estaban en torno de la mesa de labor, según costumbre, desde las siete en punto; la propietaria del taller se ocupaba en distribuir la obra del día.

—Usted, Anastasia—dijo al empezar,—armará estas rosas blancas y estos azahares en una corona de novia: es la que ha de llevar la joven que se casa hoy con el Conde de Revilla. ¡Bonita boda por cierto! No hay que perder las esperanzas de hacer buena suerte, niñas: la novia era una cualquiera, á la que el Conde sacó de la miseria, para casarse después con ella, y es hermana de Teresa, esa jorobadita que trabaja aquí desde hace poco.

—Señora, ¿qué dice usted?—exclamó la que estaba todo el día cantando:—¿la hermana de Teresa se casa con un Conde?

—Pasado mañana.

—¿De modo que ella no trabajará más?

—Trabjará lo mismo que antes. Su padre, que es un hombre campesino y no muy listo por más señas, me ha dicho que va á hacer un largo viaje, y que entre tanto quiere dejarme á su hija á modo de pensionista.

—¡No le arriendo la ganancial—murmuró una de las concurrentes á Capellanes.—¡Pobre chica, qué esclavitud la espera!

Y separando su cabeza de la compañera á quien había dirigido estas observaciones, añadió en voz alta:

—¡Qué dichosa es en poder vivir con usted, señor! ¡Y cuánto la envidio!

La maestra, que era una mujer de aspecto duro y varonil, miró complacida á la adulatora y le dijo entregándole su parte de trabajo:

—Estas ramas de hiedra con sus campanillas azules son para un vestido de baile. Espero que las armará usted con la gracia y ligereza que le tengo recomendadas: así que estén, que las lleve Teresa á la modista para que las coloque. Corren prisa.

—Ya debía estar aquí Teresita—observó Anastasia.—¿Estará mala? ¿Le habrá ocurrido algo?

—Puede que haya tenido en la calle algún encuentro galante,—dijo soltando la carcajada la hija del zapatero.

—¿Ella?—exclamaron las otras.—No, no hay cuidado.

—¡Pues lo que es su cara es de las más lindas que yo he visto!—dijo Anastasia algo resentida de que se burlasen de Teresa, á la que amaba en extremo:—¡no hay aquí muchas que se le puedan comparar!

—¡Líbreme Dios de desear semejantes comparaciones!—dijo la romántica.

—¡Y á mí!—observó la hija del zapatero.

—¡Y á mí! ¡y á mí! ¡y á mí!—repitieron las concurrentes á Capellanes.

—¡Niñas, hagan ustedes el favor de callar!—dijo la voz de tambor mayor de la maestra.—¡A la obra! Y usted, Anastasia, cuando venga Teresa, llámeme para decirle yo lo que hace al caso.

Dichas estas palabras, salió con la majestad de Juno.

Anastasia inclinó la cabeza sobre su labor y se puso á trabajar en silencio.

—A la verdad—dijo Adela, la sentimental, cuya ambición se cifraba en ser admitida como corista en el teatro de la Zarzuela;—á la verdad, Anastasia, que no sé por qué tienes tal empeño en defender á ese mal bicho de Teresa: ¿qué te va ni te viene en que la regañe la maestra, y más cuando da motivo para ello?

—¿Quieres que vaya en contra suya como vais todas?—preguntó la joven.—A mí me interesa esa muchacha, porque es desgraciada y porque todas le hacéis la guerra.

—¡Qué lástima! ¡No, que la llenaremos de besos por ser jorobada!

—¡Le compraremos dulces, si no!

—¡O la tomaremos en la falda!

Todas estas ocurrencias fueron dichas casi á un mismo tiempo por aquella tropa revoltosa y maligna.

Anastasia no respondió una palabra: encogióse de hombros con desdeñosa frialdad, y se puso á trabajar.

Un instante después entró en la tienda Teresa.

Venía ojerosa y pálida; sus párpados estaban hinchados, y sus cabellos negros recogidos de prisa detrás de su cabeza.

Anastasia había dicho la verdad.

Pocas caras podían compararse con la de la jorobada.

Su cutis de nácar dejaba ver en las sienas y en la garganta el fino tejido de sus venas azules: bajo una frente alta y abovedada se abrían sus ojos oscuros, que, mirados á cierta luz, eran negros, y á otra de un gris azulado; dos cejas finas, arqueadas y que parecían dibujadas con tinta china, servían de dosel á aquellos ojos, á los que guarnecían largas pestañas negras; su boca pequeña y sonrosada, enseñaba, al sonreirse, dos filas de menudas y esmaltadas perlas; pero ¡ay! las sonrisas eran muy raras en la boca de la pobre Teresa.

Dos ricas trenzas de cabellos, negros y brillantes como el azabache, se enroscaban detrás de su cabeza, y se dividían en medio de su frente como una raya de plata.

La estatura de Teresa no era ya tampoco la exigua con que la hemos conocido: había crecido mucho, y la imperfección de su espalda parecía mucho menor: tal como era, no impedía que los jóvenes que la hallaban á su paso la llenasen de galantes requiebros al ver la peregrina belleza de su rostro.

Esta belleza misma, su modestia, su dulzura, su talento, la admirable distinción de sus maneras y de su lenguaje, herían á sus compañeras de taller y á su misma maestra, las cuales no comprendían á aquel ser delicado y superior.

Anastasia, más digna que todas ellas y más semejante á Teresa que ninguna, la comprendía mucho mejor.

Teresa iba muy modestamente vestida; pero comparada su humildad con la espantosa miseria en que había vivido, era casi una elegancia.

Hacía mucho calor, aunque sólo se estaba á últimos de Mayo, y el vestido de guinga de rayitas azules y blancas, que llevaba la jorobadita, armonizaba perfectamente con el caluroso día y con la deslumbradora luz que le animaba.

Un cuello blanco de hilo, puños iguales, y una mantilla de seda con un velito de tul y fleco en las puntas, era lo que constituía su atavío.

Iba calzada modesta, pero graciosamente, con unos botitos de merino negro que descubrían la pequeñez casi maravillosa de su pie.

—Buenos días, señoritas,—dijo al entrar.

Nadie más que Anastasia le contestó.

—Buenos días, Teresita—dijo.—¿Cómo ha tardado usted hoy tanto?

—Mi padre ha pasado hoy muy mala noche,—respondió tistemente Teresa.

Mirando luego en derredor suyo, preguntó:

—¿No ha dejado trabajo para mí la señora?

—¡Contenta está con usted la señora!—exclamó la hija del zapatero con su voz fuerte y su grosero acento.

—Ya sé que he tardado un poco—dijo con timidez la joven;—pero cuando sepa el motivo, dispensará la falta que he cometido.

—¿Un poco? ¡Media hora! ¡Si eso le parece un poco, puede volverse á marchar!

Teresa guardó silencio.

El rigor con que se la había dejado vegetar, pues no podía llamarse *vida* á la existencia que había arrastrado en su aldea, había hecho su carácter en extremo sufrido.

Por otra parte, la terrible idea del crimen atroz de su padre, y la vergüenza de la vida de sus hermanos, la hacía tan tímida, que no se atrevió ni á dejar oír su voz.

—Aquí tengo yo qué hacer para usted—dijo Anastasia compadecida de la pobre niña:—tome

usted estas rositas blancas, y haga un grupo con la gracia que usted sabe.

—No es eso lo que ha dejado mandado la señora—dijo lánguidamente la aspirante á corista:—ha mandado que, cuando viniera esta señorita, la llamase usted al instante.

—Para echarle una buena repasata,—agregó la hija del zapatero.

—¡Qué manía tienen ustedes de meterse en negocios ajenos!—exclamó Anastasia.—De lo que á mí me ha encargado, yo soy la sola responsable: no se cuiden ustedes de eso.

Las jóvenes se miraron sonriéndose maliciosamente; y ya se preparaban á atacar de nuevo á Teresa, cuando sonó en el taller la voz de bajo de la maestra.

—¿Ha venido Teresa?—preguntó sin asomarse.

—Ahora mismo,—respondió la lánguida Adela.

La maestra entró en el taller, se dirigió á la joven y se sentó á su lado.

Todas creyeron que le iba á echar una buena reprimenda; pero la sorpresa fué general al ver que le tomaba la mano y le decía con extremada amabilidad:

—Dentro de pocos días, señorita Teresa, estará usted aquí y no tendrá que ir y venir.

—Ya lo sé, señora—repuso la joven, confusa con la palabra *señorita*, que pensó se la dirigían por burla.—Mi padre me ha dicho que voy á venir aquí, en tanto que él va á hacer un largo viaje;

viaje, ¡ay de mí! que no sé si llegará á tener efecto, porque está muy delicado: ésta es la causa de no haber yo venido hoy á la hora en que debía. Mi pobre padre ha pasado una noche cruel.

—No soy yo quien reconvenirá á usted, mi querida señorita—repuso la maestra con la empalagosa dulzura que había adoptado,—¿ni cómo podría hacerlo á la hermana de la que va á ser Condesa de Revilla y me ha prometido surtir de flores en mi casa?

—¿Qué dice usted?—exclamó Teresa estupefacta.—¿Yo hermana de una Condesa? Señora, la han engañado á usted: yo sólo tengo una hermana, Lucía, á la que no he podido ver todavía.

—Y bien, señorita, justamente esa misma hermana de usted ha estado aquí anoche á encargarme su prendido de boda, y me dijo:

—Aquí tiene usted de aprendiz á una hermanita mía. Una persona muy respetable, un sacerdote, se la ha traído á usted: ¿no es verdad?

—En efecto,—le respondí.

—Así que yo pueda, me la llevaré á mi casa; y desde luego, mañana vendré á verla aquí, porque por ahora no me consienten llevarla.

—Por lo tanto, Teresita—prosiguió la dueña del taller,—hoy verá usted á su hermana, que espero vendrá así que se levante. En cuanto á que usted vaya á vivir en su compañía, no es ésta la intención del señor sacerdote que me la ha encargado, porque me dijo:

—Deseo que esta niña aprenda un oficio que la preserve de la miseria; pues aunque una hermana suya va á ocupar una brillante posición, nadie debe contar más que con lo que vale por sí mismo, y menos en España, donde tan pocos medios tiene la mujer de ganar honradamente su vida.

Teresa guardó silencio.

La sorpresa que le había causado la noticia de que iba á ver á su hermana y de que ésta iba á verse en una elevada posición social, había teñido sus facciones de palidez; pero una viva alegría era lo que producía aquella emoción, pues su corazón angelical no se acordaba ya de la bárbara indiferencia de su hermana cuando ambas se hallaban en casa de su padre.

—Yo he dado trabajo á la señorita Teresa, señora—dijo Anastasia:—está trabajando en la corona de desposada de su hermana.

—¡Por Dios, no me llame usted señorita!—dijo Teresa á su protectora.—Yo no soy más que una pobre obrera como usted, y mucho menos aún, puesto que usted tiene mucha habilidad y yo no tengo ninguna.

—¿Pero dejará usted de ser mañana hermana de la Condesa de Revilla?

—Mañana, como hoy, seré una infeliz jornalera, que tiene que mantener y cuidar á su padre anciano y enfermo, como usted á su madre; pero aunque la suerte me colocase en la posición más

elevada, lo que no deseo, siempre me acordaría de su afecto de usted hacia mí, de sus generosos deseos de protegerme.

—Siga usted cuidando de que no le falte trabajo á Teresita, querida Anastasia—dijo la maestra.—Después de terminada la corona, se ponen ustedes las dos á hacer rosas y margaritas para los cestillos de flores que han de adornar el gabinete de la Condesa de Revilla.

—¡Qué cargante está con su Condesa!—exclamó por lo bajo la zapatera.—Bien se conoce que le piensa sacar buenos cuartos.

—Pero, chica, ¿no sabes quién es la dichosa Condesa, hermana de la jorobada?—preguntó la lánguida Adela.

—¿Yo? No,—respondió Jacinta la zapatera.

—Pues es una mujer muy famosa que antes vivía de lo que cosía y que ha corrido por cuenta del Conde de Revilla. Por cierto que éste, por darle á ella dinero, debe en mi casa más de dos años de calzado.

—¿Qué me cuentas, mujer?

—La verdad; y además de esa hermana, que no es otra cosa que una mujer con mucha suerte, tiene un hermano.

—¿Un hermano?

—Un tuno de marca: á poco le echa á palos mi padre de casa.

—¿Por qué?

—Porque me hacía la corte. A mí me gustaba,

porque es guapo; pero mi padre, que es muy largo, le averiguó la vida, y supo unas cosas...

—¿Qué cosas?

—Que vive del juego; que no hace nada, ni sabe, porque en su pueblo era un destripaterrones; que el día que no juegue y gane, robará, é irá á un presidio: así es que mi padre se puso furioso. mi madre lloró, y yo le dí pasaporte al tal, porque me sobran los pretendientes honrados y no quiero casarme con un bribón. Ya ves qué buena gente es la de la *señorita Teresa*, como ese estafermo de maestra aduladora la llama.

—Pero, mujer, ¿cómo has sabido todo eso?— preguntó Adela.

—De la manera más sencilla. Cuando yo oí decir aquí que la hermana de la jorobada se casaba con el Conde de Revilla, lo dije en casa acordándome de lo mucho que nos debe: esto fué anoche al salir del taller. Mi padre se fué al instante á averiguar si la boda era con alguna señorita rica, en cuyo caso tenía esperanzas de cobrar; pero se halló con que era todo lo contrario y con que la boda era con la que estaba metido y por la que está también lleno de deudas.

—¿De modo que no van á estar ricos?

—¿Qué han de estarlo? El título es pobre; y si antes andaba á la trampa, cuando daba á la Lucía lo menos que le era posible, figúrate ahora qué le tendrá que dar, como á su mujer que es.

La maestra acababa de revisar la labor de cada una, y se iba ya á retirar, cuando un carruaje se detuvo á la puerta.

La portezuela se abrió, y una joven, alta y de sorprendente hermosura, penetró en el taller.